

HUMANAE VITAE: la vía natural del amor

Las razones de tal elección

La Confederación Italiana de los Centros para la regularización natural de la fertilidad se siente llamada en este momento tan particular de la historia a tomar posición –en todo lo que es de su competencia- ante el debate desencadenado a raíz del Sínodo sobre la familia, y en particular en todo lo que respecta a la doctrina expresada en *Humanae Vitae*. Si muchos esperan una palabra de confirmación, otros muchos parecen esperar de la Iglesia una presunta – y así llamada- “apertura” al respecto, es decir, un cambio radical de la doctrina en lo que se refiere a contracepción.

La Confederación se siente obligada a precisar inmediatamente que *Humanae Vitae* no es una vana encíclica sobre la contracepción o sobre la prohibición de la contracepción, como vulgarmente se oye decir. Todo aquel que tenga el suficiente interés como para leer personalmente la encíclica, debería reconocer que se encuentra en ella un gran himno al amor conyugal, un texto que narra – y no inventa, ni decide arbitrariamente- la plenitud y la belleza, en una palabra la verdad del amor conyugal. La clara propuesta de los métodos naturales como única vía capaz de permitir, colmar y promover el amor de pareja como donación y acogida total del uno al otro forma parte de la posibilidad de experimentar esta verdad: verificar, o sea, *hacer realidad* de modo cotidiano, en la carne de los esposos, lo que aconteció en la celebración del matrimonio.

No está de más puntualizar que los métodos naturales no son un don solamente para los creyentes, y aunque la Iglesia haya sido la única en apuntar hacia esta dirección, promoviendo y solicitando la investigación científica sobre los métodos naturales, también hay que decir que tales métodos no son un producto de la Iglesia, ni tampoco una invención suya. **Los métodos naturales, de hecho, se apoyan originariamente y originalmente en la estructura misma del ser humano, en la diferencia entre masculino y femenino, y en la dinámica naturalmente inscrita en la única verdad de la sexualidad conyugal posible, aquella entre hombre y mujer, en todos sus actos.** En este sentido *Humanae Vitae* no hace más que reconocer lo que desde siempre es característico del ser humano, de cada ser humano y de cada pareja, lo cual significa que la propuesta de los métodos naturales es para todos y está a disposición de todos, en otras palabras y con un lenguaje moderno: es laica y aconfesional. Desde esta perspectiva, el rechazo de la contracepción no es una vana prohibición incomprensible e inhumana, sino la consecuencia lógica del gran “si” dicho a la plenitud y a la belleza del amor. El método

natural no es más que el aprendizaje del alfabeto con el que está escrita la fisiología de la sexualidad humana.

El que piensa que el método natural es una imposición más, una imposición moralista de la Iglesia católica, un principio que ahoga y aplasta a la persona, demuestra que no ha entendido nada de los métodos naturales: los métodos no se usan como si se tratará de algo extrínseco a la persona, sino que **se viven en la dimensión de la pareja, se habitan;** y quien hace tal experiencia, hace la experiencia de *sentirse en casa*, porque no hace otra cosa que ser radicalmente él mismo en su propio cuerpo y con el propio cuerpo. ¡Y no solo eso! Estos métodos naturales gracias a su rigor científico de primerísimo nivel logrado hoy en día, si por un lado permiten el retraso y la distanciaci3n de los embarazos, por otro lado pueden favorecer el conseguir un embarazo, mostrando una vez más – además de su altísima eficacia técnico-científica- que pueden ayudar a la dilataci3n y a la generosidad de las parejas, y concretamente a un amor que está abierto a recibir un hijo, como fruto del amor.

Cuando un hombre y una mujer hacen uso de la contracepci3n, se rechazan a sí mismos, rechazando el don de la vida, se rechazan recíprocamente ya que no se dan ni se acogen en la totalidad de lo que son: el uno se niega a dar al otro la propia fertilidad en el mismo momento en que este rechaza el recibir la fertilidad del otro. **El primer significado de la contracepci3n – está bien claro- no es la anticoncepci3n, sino la anti conyugal,** puesto que hace abstracci3n de la experiencia del don y de la acogida totales del uno al otro en la medida en la que se adultera, no nos hace ser verdaderamente y radicalmente nosotros mismos y no nos deja aceptar al otro en su realidad total, así como él o ella es y está. En la contracepci3n, la sexualidad aparece exactamente como la negaci3n de sí mismo: realizar el acto sexual con otra persona rechazándola al mismo tiempo...es contradictorio: si la sexualidad es por naturaleza impulso hacia el otro, en la contracepci3n la sexualidad se vive de manera autorreferencial pues se “hace el amor entre dos”...para vivir “el placer” (¿?) cada uno por su cuenta.

Por tanto no es verdad que “el amor sea amor” y que “lo importante es amarse”, más allá de las expresiones concretas. No es verdad que cada pareja sea libre de decidir qué instrumento de gesti3n (regulaci3n/negaci3n) de la fertilidad les sea más adecuado, pues el amor necesita decirse y darse, en el don y la acogida no solamente de una manera sincera – como dimensi3n intencional subjetiva- sino también verdaderamente- como dimensi3n objetiva, que atesta en la carne la verdad concreta del don y de la acogida: no basta el deseo de comer para saciarse, de la misma manera que no basta el alimento para que una cena sea agradable.

Aquel que piensa que los métodos naturales no son para todos; el que cree que no son utilizables por todos; el que se imagina que no pueden ser

propuestos a todos... el que piensa de esta manera está atribuyendo a las personas menos de lo que merecen; está privando a las parejas de un gran don, o sea de sí mismas, de aquello que tienen al alcance de la mano y que pueden vivir como un don. Y no solamente las parejas, sino también sus hijos. En realidad, ¿qué padre o qué madre quiere para sus propios hijos algo diferente de aquello que ellos le pueden dar al máximo? ¿Es posible que un padre no quiera *lo* mejor para sus propios hijos? ¿Qué educador puede ponerse del lado de aquellos que sostienen que los jóvenes no sean capaces de vivir esta plenitud de amor inscrita en el DNA de cada persona? Se trataría de un educador que en vez de *sacar de ellos* lo mejor, se limitaría a jugar con la vida de los jóvenes, que no les brindaría la oportunidad de experimentar la plenitud de una de las experiencias más decisivas para cada existencia, la del amor y la de la sexualidad. Y no se trata de cerrar los ojos ante las situaciones reales, todo lo contrario, se trata de querer afrontarlas y resolverlas. Miremos bien todos y cada día, bajo diferentes ángulos, la situación social a la que nos ha conducido la presunta liberación sexual, la cual ha llevado a muchos padres a vivir una sexualidad desordenada, infeliz, dolorosa.

La *educación* sexual propuesta por la contracepción, para “protegerse”, para poder evitar los embarazos no deseados, para prevenir los abortos... es engañosa: ella, además de producir exactamente lo contrario de lo que promete, ofrece medios e instrumentos envenenados con los que se niega a las jóvenes generaciones la posibilidad de hacer la experiencia del amor como plenitud de vida, llevando a nuestros adolescentes hacia el menosprecio de ellos mismos para experimentar prácticas sexuales (llamadas) educativas “políticamente correctas” pero que, en realidad, son hipócritamente falsas y cobardes.

Desplazar la educación de la persona bajo pretexto de eventuales consecuencias de sus actos es perder de vista el sentido de la persona, y dejar de atender a la persona que tenemos ante nosotros: “haz lo que quieras, diviértete, lo importante es que evites...”. Cada educador, animador... sabe muy bien que no siempre lo que dice coincide con lo que se recibe y que lo que vive vale más que lo que enseña: es por esto que nuestros jóvenes tienen muy a menudo la impresión que la sexualidad no es en el fondo una preciosa realidad. ¿Nuestros jóvenes viven una realidad dramática en el plano afectivo sexual? ¿Por supuesto, si les proporcionamos los instrumentos para empantanarse cada vez más en el drama de una existencia percibida como insignificante! ¿Cómo pensar que puedan luchar por la vida si no les transmitimos primeramente el inmenso valor de su existencia? ¿Si no entienden su propia unicidad, hermosura... como pueden entender y contemplar la del prójimo? ¿Quizás la de un “cúmulo de células”? Si no les permitimos el hacer la plena experiencia del amor,

¿cómo podemos pretender que aprendan a amar la vida desde su concepción?

Por otra parte, la castidad no es otra cosa que la consecuencia de la percepción del propio valor: me guardo y me cuido, no me tiro y me vendo, porque tengo mucho valor...y me reconozco como tal, me siento así. El que aprende el autodominio aprende a vivir sus propios impulsos en forma de don, pues así deja de ser esclavo. Y lo mismo que los métodos naturales, también la castidad es un don para proponer civilmente, laicamente, ya que es una experiencia de humanización profunda. ¿Puede existir un ser humano que no espere ser humanizado y que no merezca serlo? El que ofrece el camino de la contracepción no se sitúa solamente contra la plenitud de la vida de la pareja, sino también contra la humanización de la persona.

Es por este motivo que la Iglesia desde siempre, y de manera temáticamente explícita en 1968, ha querido ocuparse de la sexualidad de los esposos y, por tanto, del hombre por extensión: no como una forma de expresión de poder y de control social, no por una morbosa obsesión por el sexo, sino porque en una tal dimensión íntima – pero no privada- se juega una buena parte de la felicidad de los hombres y de las parejas, pues en esta dimensión es posible el experimentar la grandeza del amor conyugal, fuente de todo amor humano. La Iglesia es Madre, no solo porque es capaz de acoger en la misericordia al pecador arrepentido, sino también porque, como cada madre, **desea** lo mejor para sus hijos y como tal debe ser maestra: en el fondo su función de maestra le viene dada por la fecundidad de su ser materno.

La Confederación Italiana de los Centros para la regularización natural de la fertilidad se siente particularmente concernida en este tiempo de la beatificación inminente de Paolo VI, y quiere expresar su agradecimiento por *Humanae Vitae* continuando fielmente a proponer a través de los métodos naturales la belleza y la verdad del amor conyugal.